

» el último sacrificio muriendo á tus
» plantas. »

Al llegar aquí le embargaron la voz los sollozos, y de allí á poco oímos la de



Virginia que le decía estas palabras, interrumpidas con suspiros :

« Tú eres precisamente la causa de mi
» partida... tú, á quien he visto diaria-
» mente encorvado bajo el peso del tra-

» bajo para sustentar á dos familias
» enfermas y necesitadas. Si yo he abra-
» zado esta ocasión de ser rica, no es
» sino para pagarte mil veces los benefi-
» cios que hemos recibido de tu mano :
» ¿ hay fortuna comparable á la de tu
» amistad ? ¿ Á qué viene hablarme de tu
» nacimiento ? ¡ Ah ! si me diesen á
» elegir un hermano, ¿ elegiría otro que
» á ti ? ¡ Ay, Pablo, Pablo ! cree á tu
» hermana que te habla con el corazón
» en las manos, y te asegura que si parte,
» es precisamente por obedecer á su
» madre, y hacerte á ti feliz. »

« Yo iré contigo, Virginia, iré con-
» tigo, y no habrá quien pueda separarme
» de ti, exclamó entonces Pablo con
» gritos muy desaforados. »

Corrimos todos á él viéndole como fuera de sí, y madama de la Tour le dijo : « ¿ Qué será de nosotras, hijo mío,
» si tú nos desamparas ? »

Al oír aquello, Pablo repitió como

horrorizado estas palabras : ¡ hijo mío !...
 ¡ hijo mío !... y volviéndose repentinamente á madama de La Tour, la dijo :
 « ¿ Vos, madre mía, siendo tan inhumana
 » que separáis al hermano de la her-
 » mana ? Los dos hemos mamado vuestra
 » leche, nos hemos criado en vuestro
 » regazo, y queréis ahora separarla de
 » mí ? ¿ queréis enviarla á ese país bár-
 » baro, que os ha negado un asilo en
 » vuestros infortunios, y entre unos
 » parientes que con crueldad inaudita os
 » han abandonado ? No : Virginia no
 » saldrá de aquí sin mí. ¿ Quién me
 » podrá estorbar que yo la siga ? ¿ Acaso
 » el gobernador ? pero no podrá impe-
 » dirme él que me arroje al mar, y la
 » siga á nado. Para mí no será más
 » funesto el mar que la tierra. ¡ Qué
 » crueldad de madre ! ¡ permita el cielo
 » que el Océano á que la exponéis !... »

Y sin acabar de proferir lo que había comenzado, le tomó una especie de arre-

bato : yo le cogí en mis brazos y le vi enteramente enajenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frío y muy copioso corría por todo su rostro inflamado; temblábanle las rodillas, y en su pecho abultado se le sentía latir el corazón con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectáculo, le dijo : « ¡ Oh amado Pablo ! yo te
 » prometo por tus males y los míos, de
 » no vivir sino para ti, si me quedo; y
 » si parto, de volver algún día para ser
 » tuya. Sedme testigos todos los que
 » habéis dirigido los primeros pasos de
 » mi infancia, que disponéis de mi vida,
 » y veis mis lágrimas. Así lo juro por el
 » cielo que me oye, por ese mar que voy
 » á atravesar, por el aire que respiro, y
 » que nunca he manchado con la menor
 » mentira. »

Á la manera que el sol deshace y precipita una montaña de nieve de la cumbre del Apenino, así ni más ni menos se

disipó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza antes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corría de sus ojos. Su madre, mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tíeramente sin poder hablar; y madama de La Tour, sin saber lo que le pasaba, me decía: « Ya no puedo sufrir más... el corazón se me parte de dolor... este viaje de mis pecados no se verificará; vecino, procurad llevaros á mi hijo... ocho días ha que nadie duerme en esta casa. »

Yo entonces le dije á Pablo que se sosegase, pues á la mañana siguiente iríamos á ver al gobernador, y haríamos que Virginia se quedara: que dejase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya más de las doce. Con lo cual se dejó llevar sin la menor repugnancia, y después de una noche muy agitada, se levantó al

rayar el día y se volvió á su cabaña.

Pero, ¿ qué necesidad hay de continuar por más tiempo (me dijo al llegar aquí el anciano) la relación de este caso? En la vida humana sólo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta obscuro y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Así que el curso rápido de nuestra vida no es más que un día, y una parte de este día está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contesté, me continuéis la relación del caso que habéis empezado á contarme de tan tierna é interesante manera. Las imágenes de la felicidad nos agradan, pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme, pues, el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fué la negra María que estaba sobre un peñasco mirando al

mar alto : al punto que la descubrió, comenzó á gritarle de lejos : « ¡ María, » María, ¿ dónde está Virginia ? »

La pobre María volvió la cabeza hacia su joven amo, y se puso á llorar. Inme-



diatamente que notó Pablo las lágrimas de María, volvió atrás todo desahogado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dijeron que Virginia se había

embarcado antes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la posesión, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece de la parte de allá que está casi perpendicular, esas explanadas verdes que dividen su altura son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible llamado el Police. En la base de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los aires, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del Police atrae continuamente alrededor de sí, forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el

ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con sus collados dominados de varios picachos, entre otros Piterboth y los Tres Pechos con todos sus bosques y valles, y enfrente el vasto Océano y la isla de Borbón, distante como cuarenta leguas al ocaso.

Allí adonde Pablo dirigió sus primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del Océano. Así se estuvo la mayor parte del día sin dejar de mirarla, figurándosele que la veía, aun cuando había desaparecido, hasta que habiéndose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo, pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo lejos,

é inspira una profunda melancolía. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los ojos clavados en la tierra, después de haber andado buscándole, desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornara á su cabaña; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesión de su madre, y lo primero que hizo, al ver á madama de La Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le había engañado.

Madama de La Tour, muy contristada, nos refirió entonces que habiéndose levantado un viento favorable entre dos ó tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales, y del confesor de quien se habló antes, había ido á buscar á Virginia en litera; y que, á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habían llevado á su hija, más muerta que viva, protestando

el gobernador y los de su comitiva que aquello lo hacían por el bien de toda la familia.

Á lo menos, le contestó Pablo, estaría yo ahora más tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho : « Virginia, si en el tiempo que hemos » vivido juntos, se me ha escapado alguna » palabra que haya podido ofenderte, » dime que la perdonas antes de dejarme » para siempre. Le hubiera dicho : Ya » que estoy condenado á no volver á » verte, ¡ adiós ! amada Virginia, ¡ adiós ! » ¡ vive contenta y feliz lejos de mí ! »

Y como en esto viese que su madre y madama de La Tour lloraban hilo á hilo : « Buscad ahora, les dijo, otro que yo » que enjague vuestras lágrimas. » Y al mismo tiempo, prorrumpiendo en tristes lamentos, se ausentó de su vista, y comenzó á vagar de una parte á otra por la posesión, recorriendo todos los parajes que habían sido más queridos de Virginia,

y diciendo á los corderos y cabritillos que le seguían balando : « ¿ Qué queréis » de mí ? ¡ ya no veréis más conmigo á » la que os daba de comer en sus pal- » mas ! »

Se encaminó después al sitio llamado el Recreo de Virginia, y viendo á los pajaritos que revoloteaban alrededor de él, les decía : « ¡ Pobres avecitas ! ya no » volveréis á ponerlos á las plantas de la » que os echaba migas de pan y granos » de trigo, para que no os faltase de » comer. » Y viendo á Leal que iba de- » lante de él meneando la cola y olfateando por todas partes, dió un suspiro y dijo : « ¡ Ah ! no te canses, pobre animalito, » que ya no volverás á encontrarla jamás. »

Por último, fué á sentarse en la peña donde la había hablado la noche precedente, y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navío conductor de la prenda de sus entrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitación de su alma, lo seguíamos á todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y madama de La Tour se valían de las expresiones más tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperación; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco, dándole los nombres más propios para animar sus esperanzas, llamándole á boca llena su hijo, su amado hijo, su yerno, para quien tenía destinada su hija.

Por aquel medio logró madama de La Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algún alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba antes la compañera de su niñez; y como si todavía lo ocupara Virginia, la dirigía la palabra y la presentaba los manjares que sabía la eran más gratos; pero inmediatamente que reconocía su ilusión echaba á llorar muy desconsolado.

En los días siguientes anduvo juntando todo lo que había servido al uso particular de Virginia, como los últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solía beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga fuesen las alhajas de más precio de la tierra, las besaba y las metía en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de madama de La Tour, y que las necesidades de la familia perdían un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardín.

Á poco tiempo, este joven indiferente hasta entonces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia, y después quiso instruirse en la geografía, para formar una idea del país adonde iba á desembarcar; y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en

que había de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir, se ha debido al afecto de dos amantes ausentes ó imposibilitados de comunicarse mutuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografía no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada país, sólo trata de explicarnos sus partes y divisiones, según su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció más útil, no hallando en ella más que desgracias generales y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura más que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas y naciones sin carácter, prefería á los libros históricos, los de novelas y aventuras; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecían algunas veces lances y situa-

ciones parecidas á la suya. Por este motivo ningún libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descripciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones hijas del corazón humano. Muchas veces leía á su madre y á madama de La Tour pasajes del Telémaco que le hacían más impresión; y entonces, agitado de dulces memorias, se turbaba la voz y lloraba amargamente. Se le figuraba que hallaba reunidas en Virginia la dignidad y virtud de Antiope, con las desgracias y la ternura de Eucaris.

Pero por otra parte, quedó enteramente escandalizado leyendo las novelas del día, llenas de máximas perjudiciales y libertinas; y cuando supo que las tales novelas contenían una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió, no sin alguna apariencia de razón, que el corazón de Virginia se corrompiera y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó más de año y medio

sin que madama de La Tour tuviese noticias de su tía ni de su hija, y sólo por un medio extraño se sabía que Virginia había llegado felizmente á Francia. Última-



mente, por una embarcación que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de propio puño de Virginia, por la cual conoció desde luego que vivía infeliz, sin embargo de la circunspección y disimulo con que su amable é indulgente hija se

explicaba en ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su situación y carácter, que voy á referiros la al pie de la letra.

« Mi más querida y estimada mamá :

» Después de mi llegada os escribí
» varias cartas de mi puño, y como á
» ninguna me habéis constestado, me
» temo no hayan llegado á vuestras ma-
» nos. Con la presente tengo mejores
» esperanzas, en virtud de las precau-
» ciones que he tomado para daros noticia
» de mi persona, y recibirla igualmente
» de la vuestra.

» ¡ Cuántas lágrimas he derramado,
» amada madre mía, después de vuestra
» separación, yo que apenas había llorado
» sino por los males de otro ! Mi tía se
» quedó muy admirada á mi llegada,
» cuando preguntándome las habilidades

» que tenía, la respondí que no sabía
 » leer ni escribir : y replicándome ella,
 » qué era lo que había aprendido en este
 » mundo; la contesté que sólo sabía
 » gobernar una casa, y hacer vuestra vo-
 » luntad : á lo que me dijo, que me
 » habían dado una educación de criada.

» Al día siguiente de mi llegada, me
 » puso en un gran colegio cerca de París,
 » donde tengo maestros de todas clases,
 » que me enseñan, entre otras cosas, la
 » historia, la geografía, la gramática, las
 » matemáticas y á montar á caballo; pero
 » tengo tan poca disposición para todas
 » estas ciencias, que no me prometo ha-
 » cer progresos con estos caballeros.
 » Conozco que soy una pobre mujer de
 » cortísimos alcances, como ellos suelen
 » decir; sin embargo de esto, mi tía no
 » lo lleva á mal, antes bien me asiste con
 » todo lo necesario, enviándome trajes
 » diferentes para cada estación, y man-
 » teniendo dos doncellas, destinadas á

» servirme, que están tan bien vestidas
 » como las señoras de más alto copete.
 » Me ha hecho tomar el título de conde-
 » sa, y dejar el apellido de La Tour,
 » para mí de tanto aprecio como para
 » vos, por la relación que me habéis he-
 » cho de los disgustos que mi difunto
 » padre sufrió por casarse con vos; y en
 » lugar de aquel apellido, me ha mandado
 » usar del de vuestra familia, que también
 » aprecio mucho, por ser el que vos
 » usabais cuando soltera. Viéndome en tan
 » brillante situación, la he suplicado va-
 » rias veces que os envíe algún socorro;
 » mas, ¿ cómo haré yo para significaros
 » su respuesta? Pero vos me habéis
 » encargado que os diga siempre la ver-
 » dad; me respondió que un socorro
 » moderado, para nada os alcanzaría, y
 » que uno grande no haría más que ser-
 » viros de estorbo en el estado sencillo
 » de vida que habéis elegido.

» Bien procuré al principio daros